

Vivir la medicina. El paciente, la corbata y el gallo

En el cuerpo de residentes del entonces Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, a mediados de la década de los 80, no faltaban individuos de inmenso talentos bohemios. Los/las había poetas, músicos, ajedrecistas, artistas del pincel y escultura. Y todos extraordinarios humanistas, artistas también del interrogatorio clínico, expertos con el estetoscopio, aguja y también, por qué no aceptarlo, el desdén a la mecanografía.

—¿Dónde está su corbata?— Preguntaba el jefe del Departamento de Cirugía, como pasando revista en un desfile militar, y no faltaba quien, que cuando en la post-guardia carecía dicha apéndice, era gravemente reprendido por falta de clase o incluso de masculinidad. Desde luego, esa obsesión pudo ser canalizada en impartir la cultura del nudo, el Windsor (medio y completo y doble) Pratt, Shelby, de moño, etc. Seguramente se hubiese apreciado un poco más. Pero sólo inculcaba cultura de terror y menosprecio.

Pero hablando de talentos, el que pasaba en ocasiones desapercibido era el del R2 que a toda voz vocalizaba, al igual que *Mowgli* de Kipling, cada posible onomatopeya conocida del reino animal. Al igual como gruñía, graznaba o

ladraba y uno juraba que estaba rodeado del animal en turno. Más peculiar era que esta costumbre ocurría al terminar la guardia, generalmente entre las 5 y 6 a.m., precisamente antes de que el hospital empezara a despertar.

El turno en esta ocasión fue la de *el gallo*.

Urgencias, 5 a.m.; ambos R1, provenientes de provincia, ya terminando con sus ingresos, estaban descansando, soñando posiblemente con mejores tiempos, en casa de la abuela, cuando amanecían a los olores campinos, café de olla y rocío matinal, y el cacareo y canto del gallito de doña Toña, ¿cacareo otra vez? Cacareo. Ca-ca-re-o.

—¡Levántense! Bola de holgazanes—. El R2 no toleraba que otros durmieran mientras él trabajaba.

“¡¿Qué clase de mística?! Ya acabé las órdenes y ustedes todavía roncando. Tenemos que revisar la fisiopatología de la cirrosis biliar primaria. A dormir a otro hospital. Aquí hay mucho que aprender. Preparen su presentación”. Cacareo otra vez, y a regañadientes el sonido Olivetti, como sala de prensa, empezó a levantarse como eco del cuarto trasero, cuya delgada pared de tabla roca limitaba casi virtualmente con el corredor prin-

cipal del lobby del silencioso hospital.

Y como si fuera llamado de paro cardíaco, entró corriendo a la sala el enfermero del turno nocturno (por cierto, que también era mesero en la cafetería y que me avergüenza no recordar su nombre), estaba vestido de pantalones y filipina blancos y con un costal de papas en la mano:

—¿Dónde está ese gallo? El director del Departamento de Cirugía quiere saber dónde está ese maldito gallo.

—¿Gallo? Aquí no hay, ni hubo ningún gallo—. Y la preparación para la entrega de guardia continuaba. Debajo de los catres, de los reposets, en cada cuarto de exploración. Pero nunca encontró al susodicho plumífero:

—Pero, ¿dónde quedó el animal?

EPÍLOGO

La entrega de guardia terminaba cuando el jefe de residentes, cirujano en formación, salía ya de urgencias. El director de cirugía se asomó como siempre esa mañana, como de costumbre, para asegurar ingresos y esta vez, en lugar de preguntarnos por nuestras corbatas, preguntó:

—¿Qué paciente fue el que trajo al gallo?—

–Buenos días Maestro. TFD maestro, tenía seguro, lo dimos de alta.

Nunca supimos quién fue el salvador o ángel de la guardia

que le contó la historia del paciente con el gallo. Pero por lo menos esa vez el R2 no perdió la chamba y por vez primera nos pudimos quedar sin corbata.

Rubén Niesvizky

Weil Cornell University
Medical College
Correo electrónico:
run9001@med.cornell.edu